

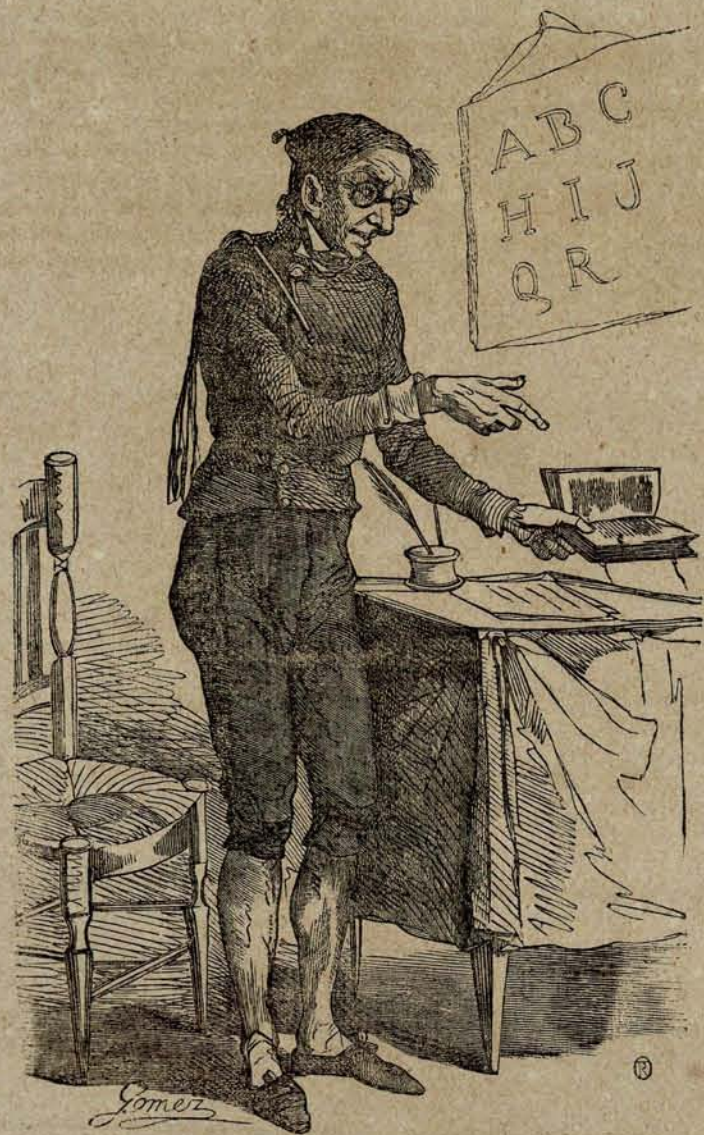
REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 396.

MADRID 1.º DE MARZO DE 1844.

| Segunda serie



LA PIEL DE ZAPATO.

NOVELA DE BALZAC.

VI.

Figuraos á un vejete seco y enjuto, vestido con un ropon de terciopelo negro ajustado á la cintura con un cordón de seda. Su cabeza estaba cubierta así mismo con un gorro de terciopelo negro, del cual caían por las sienes los ondulantes rizos de una poblada cabellera blanca como el ampo de la nieve. Aquel ropon que envolvía el cuerpo como un inmenso sudario, y aquella gorra calada hasta los ojos no permitían se descubriese mas que un rostro macilento. A no ser por el descarnado brazo, que parecía un palo del que se hallaba pendiente aquel ropon, y que el viejo levantaba en alto para que circundase al joven toda la claridad de la lámpara, se hubiera mostrado aquella faz severa como sostenida en los aires. Su barba blanca que remataba en punta cubría parte del rostro de aquel ser extraño, y le daba todas las apariencias de una de esas cabezas judaicas que sirven de modelo á nuestros artistas cuando quieren representar á Moisés.

Eran tan ténues y cárdenos los labios de aquel hombre que se necesitaba de particular atención para adivinar la estrecha línea trazada por su boca en aquel pálido semblante. Su ancha y rugosa frente, sus cóncavas y hundidas mejillas, el implacable rigor de aquellos ojos verdes, desnudos de cejas y pestañas, inducían á creer al desconocido si el "pesador de oro" de Gerardo Dow se habría escapado del lienzo. La increíble delicadeza que argüían las sinuosidades de sus arrugas y los pliegues circulares designados en el contorno de sus sienes revelaban una profunda ciencia de las cosas de la vida.

Era imposible engañar á aquel hombre que parecía poseer el don de sorprender las ideas en el fondo de los corazones mas reservados. Se reasumían en aquel frío rostro las costumbres de todas las naciones del globo y sus lúes, como se encontraban acumuladas las producciones de todo el mundo en aquellos polvorosos almacenes. En su faz leíais una increíble persuasión de fuerza, y la tranquilidad fúlgida de un Dios que lo vé todo ó de un hombre que todo lo ha visto. Un pintor famoso con dos espresiones diferentes y dos pintadas hubiera copiado de aquella figura una hermosa imágen del padre eterno ó el burlesco disfraz de Mefistófeles, pues se advertían allí en conjunto un

oder supremo en la frente, y siniestras señales de sarcasmo en la boca. Aquel hombre debía haber consumido los goces terrestres pulverizando bajo un poder inmenso los pesares y dolores humanos. Era cosa de inmutarse al ver, al presentir que aquel genio antiguo moraba en una esfera estraña al mundo donde vivía solo sin placeres, porque ya no tenía ilusiones; sin penas porque ya no conocía placeres.

Se hallaba en pié inmóvil, fijo como una estrella en medio de una luminosa nube. Sus verdes ojos impregnados de no sé qué sosegada malicia, parecían iluminar el mundo moral, como iluminaba su lámpara aquel gabinete mis erioso.

Tal fué el extraño espectáculo que le sorprendió al joven en el momento en que abrió sus ojos despues de haberse columpiado entre ideas de muerte y fantásticas imágenes.

Si permaneció como aturdido, si se dejó dominar mometaneamente por una creencia digna de niños que guardan en la memoria los consejos de su nodriza, fuerza es atribuir este error al velo tendido sobre su vida y su entendimiento por sus meditaciones, á la escitacion de sus irritados miembros, al violento drama, cuyas escenas acababan de prodigarle las atroces delicias contenidas en un grano de opio.

Esta vision se verificaba en París, junto al muelle Voltaire, y en el siglo XIX; época y parage en que la magia debía parecer.

Proxima á la casa en que había espirado el dios de la incredulidad francesa, discípulo de Guy-Lussac y de Arago, menospreciador de los juegos de cubiletes, sin duda no cedía el desconocido sino á las fascinaciones poéticas á cuyo influjo se había entregado, cual lo hacemos con frecuencia como para huir de verdades desesperadoras, como para tentar el poder de Dios.

Tembló, pues, ante aquella luz y ante aquel viejo agitado por el inesplicable presentimiento de algun poder extraño; mas esta emoción era semejante á la que todos vemos experimentado ante Napoleon, ó en presencia de algun grande hombre, revestido de gloria y brillante de genio.



VII.

—¿Desea el caballero ver el retrato de Jesucristo, pintado por Rafael? dijo el anciano con urbanidad y con una voz cuyo timbre agudo y sonoro tenía algo de metálico.

Al decir esto colocó la lámpara sobre el tronco de una rota columna, de modo que recibiese toda la claridad la caja sumergida en la sombra.

Como oyese los poderosos nombres de Jesucristo y de Rafael, no pudo reprimir el joven un movimiento de curiosidad que sin duda aguardaba el anciano. Aquel mercader de antigüedades tocó un resorte, y resbalando en una muesca el tablero de caoba, cayó sin ruido y mostró la pintura á la admiración del desconocido.

A la vista de aquella inmortal creación lo olvidó todo hasta las fantasías de los almacenes y los caprichos de su sueño. Volvió á ser hombre, reconoció en el anciano á una criatura de carne y hueso, viva y palpable sin quenada tuviese de fantasmagórica, y renació en fin al mundo real y efectivo.

Al punto influyeron en su mente la dulce serenidad, la tierna solicitud del divino rostro. Un suave perfume emanado de los cielos vino á desvanecer las infernales torturas que le abrasaban hasta la médula de sus huesos. La cabeza del salvador de los hombres parecía salir de las tinieblas que figuraban un fondo negro. Resplandecía en torno de su cabellera una aureola de fúlgidos rayos. Había elocuente animación en su frente, sublime espresion en todas sus facciones, á las que había comunicado el pincel vaporosa frescura. Sus purpúreos labios acababan de pronunciar la palabra de vida, y el espectador ansiaba percibir en los aires su eco sacrosanto: pedía al silencio la esplicacion de las solemnes parábolas y la oía en el porvenir y la encontraba en los vestigios de lo pasado. Por último se veía compendiado todo el evangelio en la tranquila sencillez de aquellos adorables ojos, donde se refugiaba el alma atribulada, donde se leía toda la religion en una espresion magnífica y suave que parecía decir á los hombres;

«Amaos unos á otros».

Aquella pintura inspiraba una plegaria, inducía al perdon, despertaba la caridad la aniquilaba el egoismo. El triunfo de Rafael era completo porque allí se olvidaba,

artista, y porque participando su obra de los encantos de la música os elevaba á las mágicas esferas de los recuerdos. Hasta el influjo de la luz contribuía á dar mayor realce á tan escelsa maravilla, y parecía que por momentos se alzaba la divina cabeza en ilusoria lontananza del seno de una nube.

—Para adquirir este lienzo hube de cubrirlo de monedas de oro á un pié de altura, dijo con frialdad el mercader de antigüedades.

—Pues bien ¡morir es mi único remedio!... exclamó el jóven saliendo de un delirio cuya última idea le había vuelto á empujar hácia su fatal destino, obligándole á descender por insensibles deducciones de la altura á que le había remontado su postrera esperanza.

—¡Ah, ah! razón tenía yo en no fiarme de tí; respondió el anciano asiéndole ambas manos y sujetándole solo con una por las muñecas como en un estuche de hierro.

Sonrió tristemente el jóven al notar la equivocacion del viejo, y le dijo con voz ahagüena.

—Nada temais, caballero; se trata de mi vida y no de la vuestra. ¿Por qué no he de confesaros mi inocente superchería? He venido á ver vuestras riquezas hasta que cierre la noche y pueda ahogarme en el Sena sin escándalo. ¿Quién no perdonará este postrer recreo á un hombre de ciencia y de poesía?

Examinaba el suspicaz anciano con sagaces ojos el macilento semblante del desconocido; y tranquilizado por el acento de su voz dolorida, ó leyendo acaso en sus lívidas facciones los siniestros destinos que estremecieran poco antes á los jugadores soltó las manos que tenía tan vigorosamente asidas. Mas por un resto de suspicacia que revelaba una experiencia centenaria por lo menos, tendió como al descuido su brazo hácia un bufete como para apoyarse, y empuñando con disimulo un estoque, dijo:

—¿Habeis sido tal vez por tres años supernumerario del tesoro sin que os haya tocado gratificación alguna?

No pudo menos de sonreirse el jóven haciendo un gesto negativo.

—¿Os ha reconvenido vuestro padre con acritud por haber venido al mundo, ó estais quizá deshonrado?

—Si quisiera deshonrarme aun podría conservar mi existencia.

—¿Habeis sido silvado en los Funámbulos? ¿Os veis en la necesidad de ejercer oficios menudos por sostener el boato de vuestra dulcinea? ¿Os aqueja por ventura la enfermedad del oro? ¿Quereis ahuyentar el hastio de vuestra mente?... En fin ¿que desvario os conduce á la muerte?

—No busqueis el origen de mi resolucion en las razones vulgares que ocasionan la mayor parte de los suicidios... Para ahorrarme de revelaros mis sufrimientos inauditos, difíciles de explicar en el lenguaje humano, os diré solo que me hallo sumido en la mas profunda, en la mas horrible, en la mas ignominiosa de todas las miserias... Y no trato de mendigar ni socorros ni consuelos, añadiendo con un tono, cuyo salvaje orgullo desmentian sus precedentes palabras.

—¡Eh... Eh! pronunció el anciano.

Estas dos sílabas produjeron un sonido semejante al de una carraca.

—Sin que yo os consuele, sin que me imploreis, sin que tengais necesidad de sonrojaros, repuso el mercader, y sin que os dé:

Un centimo de Francia:

Un schelling de Inglaterra:

Un real de España:

Un florin de Sicilia:

Un óbolo del antiguo mundo, ni una piastra del nuevo:

Sin daros nada en

Oro:

Plata:

Cobre:

Papel.

Intento haceros mas rico, mas poderoso, mas considerado que un rey constitucional. ¿Que os parece?

Pasmado quedó el jóven ante aquella promesa, creyendola una niñeria del anciano.

—Mirad allí... dijo el mercader asiendo súbito la lámpara para que reflejara su luz en la pared frente al retrato,

Despues añadió en tono solemne;

—¡Ved esa «Piel de Zapa!»

(Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

En la noche del mártes verificaron su primera salida en el Moises la señora Chimen y el señor Barba, el teatro del Circo estuvo bastante concurrido. No fué mal recibida la señora Chimen: estuvo acertado el señor Barba y se le aplaudió una y muchas veces: su voz es hermosa: advertimos en él grandes adelantos, y si como creemos persevera en el estudio será un bajo que honre la escena española, mucho mas si toma por modelo al incomparable Salvatori, á quien tendremos la fortuna de oír en el próximo año cómico, pues ya está escriturado para el Circo. En el Moises estuvo bastante desdichado el señor Sínico y el público le manifestó su desagrado con inequívocas señales.

Hemos recibido un artículo dedicado al «señor Salvatori en la ópera del Furioso» no le damos cábida en nuestras columnas, porque habiendo variado de forma la «Revista de Teatros» se han propuesto sus redactores poner coto al abuso introducido por su estremada condescendencia; abuso por el cual se ha publicado varios dias nuestro periódico sin que en él figurara una sola línea de redaccion, siendo en su consecuencia responsables de artículos que no habian escrito. Este abuso no volverá á repetirse: fuera de los artículos de redaccion no se admitirán sino los comunicados que sobre ellos versen y se dirijan á deshacer alguna equivocacion involuntaria en que incurramos. «La Revista» es un periódico sin mas pretensiones que las de adelantar á sus suscritores todas las noticias teatrales y emitir con toda la brevedad el juicio crítico de las producciones que se pongan en escena. Para amenizar sus columnas se insertarán constantemente y sin interrupcion algunas novelas de autores conocidos. «La piel de Zapa» á que hemos dado la preferencia es sin duda una de las mejores del célebre Balzac y nos lisonjamos de que será del agrado de nuestros suscritores. Por lo demas hubiéramos quebrantado nuestro propósito, insertando el artículo que dá margen á este párrafo, sino hubiéramos ya rendido un tributo de admiracion al inimitable Salvatori en el «Furioso.»

Sabemos que se ha pasado por papeles y se pondrá en escena dentro de breves dias la comedia original y en verso del señor don Tomás Rodríguez Rubí, dividida en cuatro actos titulada: «Bandera negra.» Hemos oido grandes elogios de esta nueva produccion, segun los cuales corresponde dignamente al buen nombre literario del poeta que llenó veinte noches consecutivas el teatro con la aplaudidísima «Rueda de la Fortuna.»

EL CADISTA GALLEGO.

Yo soy hijo del Herrero
De Rubiales,
Y nieto del Meseguero.
Prábos, Pascual y el Gaitero
Son mis deudos carñales.

(LUCAS FERNANDEZ. FARSA DEL N. DE N. S.)

¡CADISTA! Palabra es esta que exige una definicion completa y terminante, pero no me llevará á mal el lector, que faltando á mi deber, que en algo me he de parecer á los que no escriben para el público, presente en perfil, el acontecimiento mas ruidoso de que hay memoria en los fastos capitulinos de la Casa-Correos de una antiquísima ciudad, dominada, segun se escribia en el siglo XVIII, por el signo Piscis, y por las „cinco estrellas racionales” vulgo facultades, que giraban por los „cinco zodiacos” por otro nombre, cátedras, de su ilustre y memoranda universidad. La escena tiene lugar en la esquinilla-correos de la antigua Compostela: llueve ó hace sol, que lo mismo dá, y aparece ocupado este nudo de calles, por variados grupos de hombres y de mugeres: estas cubiertas con sus „mantillas” y sosteniendo en las cabezas pequeñas „caravelas” y aquellos envueltos en sus voluminosos „rayos” y apoyados en sus robustos palos. Es un jueves: la ventana de Correos se pone en estado de sitio por los pelotones facciosos que se presentan en hostiles remolinos y para llegar á estos momentos de un próximo saqueo, de una pronta interpelacion terrible y sistemática, no hubo dia en la semana que no se viesen obligado los «oficiales de correos á responder:—No sean vds. pesados, que hasta el jueves no se dan las cartas de las aldeas. Ya á una «moza» que pedia la carta de su esposo, ya á un anciano que preguntaba por la «esquela» de su hijo. Pero hoy se cumple el plazo: y las diez pronto darán en el corpulento reló que andubo mas paseado en hombros de cristianos y moros que el «Felipe IV» de la plazuela de Oriente, y el cual, sin maragatos ni carneros como el de Astorga ó de Medina del campo, hace sonar sus campanadas por el rádio de dos leguas.

Pasó la hora en que los carteros embozados en sus capillas altas de talle, porque no pueden ver los lodos: disparate! recorren la ciudad tan lígeros que beben los vientos, y que los criados de «dos apartados» contando algunos botones menos en las chaquetas y algunos girones mas en los pantalones, corren con la correspondencia, congratulándose con los honrosos títulos de sus señores: todo anuncia paz sosiego en aquella plazuela, visitada á todas horas por las golondrinas de noticia por los caballeros de industria, y por tal cual cesante que husmea algun pronunciamiento ó una destitucion.

La reja de correos está medio entoldada como mampara de ministro, los empleados echan un cigarro, ejean el «boletín de noticias» preguntan qué funcion hay de teatro para el martes y de pronto, sin saber como ni cuando, se perciben sintomas terribles de la oleada que en vano todos conjuran con monosílabos y equívocos, que bien me libraré de darles publicidad. Aqui es Troya... suena la primera campanada de las diez, y ahora todas las cabezas se animan, todos los cuerpos se mueven, todas las esperanzas se ajitan y todos los corazones suspiran.

Continuará.

COMUNICADO.

Una de las cosas buenas que ha hecho la empresa del Circo ha sido la de ajustar los señores Salvatori y Alba por todo el mes de marzo; tambien sabemos, con gusto, que la nueva empresa tiene contratado al señor de Salvatori para el año venidero; pero tenemos el sentimiento de saber que el señor Alba tiene una contrata para la Italia; y que ¿la nueva empresa lo dejaria ir? no lo creemos, pues debe reflexionar mucho antes, porque hemos visto trabajar continuamente al señor Alba, que nunca se ha negado á hacer cuanto le han mandado, desempeñando tambien papeles fuera de su categoría con el mayor esmero, procurando agradar al público, siempre el que está contento con él y seguramente tendríamos un disgusto lo dejasen marchar; pues conocemos no es facil el reemplazo de este para la perfecta union que con el señor de Salvatori, hemos tenido la satisfaccion de presenciar en varias óperas y sobre todo en el Marino y Puritanos, que jamás nos cansaremos oír sus repeticiones por lo que aconsejamos á la nueva empresa que haga lo posible por que no se vaya, ajustándolo para la temporada que viene, pues en ello le vá interés, y complacerá al público Madrileño y á—Varios abonados.



TEATROS.

De la Cruz y Príncipe.

Hoy no hay funciones.

Del Circo.

Funcion extraordinaria á beneficio del primer bajo cantante absoluto don Celestino Salvatori, para el sábado 2 de marzo de 1844. El acto segundo de la ópera titulada: BELISARIO. Seguirá el acto tercero de la ópera titulada: EL NUEVO MOISES, Terminará el espectáculo con el acto primero de la ópera titulada: EL FURIOSO.

NOTA. A la mayor brevedad se pondrá en escena á beneficio del señor Ferranti el baile fantástico, LA ISLA DEL AMOR, en el que la señora Guy Stephan y el beneficiado desempeñarán los primeros papeles.

IMPRESA DE BOIX.